CONSTANTINO AL FRENTE DE SUS TROPAS EN LA BATALLA

Cuando Diocleciano abdicó la corona, promovióse una dura contienda en Roma sobre quién sería emperador: Constantino el Grande fué el vencedor. Él fué el primer emperador que aceptó el cristianismo, cuando Diocleciano acababa de intentar destruirlo, e hizo de él la religión oficial de su imperio. Edificó, además, la ciudad de Constantinopla, fundando en ella un nuevo imperio que asumió el poder de Roma, cuando la grandeza de ésta caía en ruinas.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

DURANTE 400 años después del nacimiento de Jesucristo, Roma dominó casi todo el mundo conocido bajo una serie de emperadores, que, empezando con César Augusto, continuó sin interrupción hasta que quedó hundido para siempre el poderío del Imperio romano. Jamás, ni antes ni después, ha conocido el mundo gobernantes tan notables como los hombres a quienes llamaron Césares. Durante el reinado de César Augusto, nació Jesucristo, de modo que, la época en que vivieron los emperadores romanos, fué el período más crítico de la historia de la humanidad, es decir, la época en que el cristianismo se iba abriendo camino entre las gentes. Cosa sorprendente es que el mundo estuviese en aquellos grandes tiempos bajo el dominio de los más perversos monarcas que jamás hayan existido, y es al mismo tiempo consolador el pensamiento de cómo la bienhechora influencia del cristianismo se extendió por la tierra hasta llegar a ser más robusta que el imperio de los Césares, que cayó en la nada, mientras el cristianismo tomó posesión del mundo entero.

LOS EMPERADORES DE ROMA

EL joven a quien Julio César había adoptado, era llamado César a veces, a veces Octavio, pues Octavio era el nombre de su padre. Después del asesinato de Julio, encendióse una larga lucha entre el joven Octavio y Marco Antonio, lucha que no había de terminar, hasta tanto que uno u otro quedase dueño de los dilatados dominios de Roma.

Cuando, al fin, Octavio venció a Antonio, que se dió muerte, un César volvió a ser, por decirlo así, el señor del mundo, ya que, en aquellos tiempos, el poder de Roma alcanzaba a todas las tierras cuyas costas bañaba el Mediterráneo, y varios reyes de lejanos países asiáticos, aun sin llamarse súbditos de Roma, reconocían que debían tributarle obediencia.

Pero, ¿afrontaría este César la formidable empresa de trazar planes para el gobierno de aquel gran imperio, de suerte que el orden y la justicia prevaleciesen por doquiera? ¿Los pondría en ejecución o preferiría, quizá, como otros muchos, sacar el mejor partido de su autoridad, para satisfacer su concupiscencia y servir sus caprichos y fantasías?

Había sido despiadado, cruel y egoísta; mas sufrió un cambio completo. Tomó a pechos su misión: despojóse de su egoísmo: aprendió a doblegar su natural violento, y, con la ayuda de sabios consejeros, echó los cimientos del Imperio romano con tanta solidez, que ni el desventurado gobierno de algunos de sus sucesores, ni las guerras intestinas, ni el enemigo extranjero, lograron desmembrarlo en el transcurso de los tiempos; y los pueblos vivieron bajo el régimen romano inmunes de violencias, cual nunca habían vivido antes bajo ningún otro poder.

Era Roma una república, y les desagradaba a los romanos el someterse a un monarca; mas siendo imprescindible que un hombre fuese el gobernante efectivo, vencióse esta dificultad dando a uno solo diferentes cargos y títulos. Octavio fué apellidado Augusto, nombre con el cual es generalmente conocido, y que equivale al tratamiento de « Su Majestad ».

Él venía a ser a un mismo tiempo Presidente de la Cámara de Diputados, Jefe Superior del Tribunal Supremo de Justicia, Presidente del Senado: corrían, además, a su cuenta los asuntos religiosos y asumía él solo, y a perpetuidad, toda la autoridad de los Jefes Superiores del Estado; y aunque naturalmente gran parte del trabajo la ejecutaban otros individuos de su elección, ello no obstante, podía cerciorarse de si el trabajo era ejecutado convenientemente. Mas, por cuanto el poder que más necesitaba era el mando del ejército, y a este mando correspondía el título de « Emperador », de aquí que este título llegara a ser el que se le diera con mayor frecuencia. Augusto, pues, impuso la paz y el orden al mundo romano, y a

Augusto, primer emperador de Roma, impuso al mundo romano la paz y el orden. Ordenó un censo de la población del imperio; y durante el viaje a Belén que, con objeto de empadronarse, hizo María, nació Jesucristo.

ellos sucedió la prosperidad; en sus días llegó a ser Roma una ciudad tan espléndida, que se dijo de Octavio que la había encontrado hecha de ladrillos y la dejó construída de mármol.

Demostró un especial favor a los grandes poetas, como Horacio y Virgilio, y asimismo a otros grandes escritores, en tal grado, que para denotar en algunos países la época de su mayor florecimiento en las artes y en la literatura, se acostumbra a decir *Edad Augusta*, casi tanto como *Edad de Oro*. Durante su reinado, ocurrió un hecho de que él no tuvo noticia, y que transformó el mundo entero de manera más radical que la consumada política de Augusto: fué el nacimiento de Cristo en una apartada provincia del Imperio.

MUERTE DEL EMPERADOR AUGUSTO Y TACITURNIDAD DE TIBERIO

Reinó Augusto durante cuarenta y cinco años, por manera que el mundo romano pudo acostumbrarse al nuevo orden de cosas antes de que muriese el emperador, viejo y achacoso, pues todo su poderío no había llevado un átomo de felicidad a su hogar. « ¿He desempeñado bien mi papel? », dijo en el lecho de muerte. « Entonces, aplaudid y quedad con Dios ». Nadie dudaba que le sucedería otro emperador y que éste sería su hijastro Tiberio.

Tiberio, que no era ya joven y tenía un temperamento triste y sombrío, había servido dignamente al Estado, mandando grandes ejércitos en lejanos países, donde otros generales sólo habían tenido fracasos. El anciano emperador, le había respetado, pero no era amado de nadie, y tuvo la desventura de que el gran historiador Tácito escribiese la historia de su reinado con tales palabras, que su nombre ha llegado a ser odioso al género humano. No obstante, otros historiadores dicen no ser justo el juicio de Tácito, y que, desde lejos de Roma, podía el pueblo probar y observar que su gobierno era firme y prudente.

Mas en Roma, y especialmente en el

Tiberio, sucesor de Augusto, de quien era hijastro. Fué de natural melancólico y sombrío, e hizo desgraciada su existencia dando oídos a chismosos, al punto de no fiarse de nadie, ni aun de sus allegados. Murió, según parece, a manos de los que le cuidaban en su enfermedad, ahogado con las almohadas del lecho en que yacía.

Calígula, sucesor de Tiberio, de quien era nieto adoptivo. Llegó a emperador muy joven y enloqueció a consecuencia de una enfermedad. Fué cruel, y toda Roma se alegró cuando le asesinaron.

círculo de personajes que debían vivir en contacto con la corte, fué su reinado nocivo, pues sabiendo Tiberio que no era amado, escuchaba con gusto a los chismosos, que llegaron a formar una asquerosa camarilla de calumniadores, dispuestos a sacrificar vidas humanas en busca de recompensa por una aparente lealtad al emperador. Y acaecía que cuanto mejor era un ciudadano, tanto más probable era que contase con traidores enemigos que le acusaban de maquinar contra Tiberio: así las cosas, nadie tenía segura la vida en Roma.

EL MALHADADO TIBERIO Y SU JOVEN SOBRINO GERMÁNICO

Hombres astutos y malvados persuadieron a Tiberio con halagüeñas palabras, a poner en ellos su confianza, y de un modo especial cierto Seyano, que llegó a ser capitán de la guardia imperial. Peró llegó el momento en que el mismo Tiberio tuvo la prueba palpable de que Seyano conspiraba contra él, y en término de un día le privó de su alto cargo y le hizo padecer muerte vergonzosa.

Desde entonces desconfió Tiberio de todos en absoluto: multiplicáronse las víctimas de sus temores y finalmente murió, probablemente de enfermedad, o quizá, como muchos piensan, a manos de los que le asistían, quienes le ahogaron con las almohadas.

No tuvo hijos, pero sí un sobrino llamado Germánico, nombre que le dió la fama conquistada en las guerras contra los bárbaros germanos. Germánico murió siendo muy joven, y no falta quien afirme que fué envenenado por instigación del mismo emperador, que temía a toda persona que, como Germánico, era favorito del pueblo, y de un modo especial, de los soldados.

LOCURA Y MALDAD DEL EMPERADOR CALIGULA

Dejó Germánico un hijo joven, llamado Cayo, a quien los soldados apodaron Calígula, palabra que significa « albarcas pequeñas », porque de peque-

Después de la muerte de Caligula, los soldados que saqueaban el palacio vieron a un hombre ocultarse detrás de un tapiz; al descorrer éste, descubrieron a Claudio. Le condujeron al campamento y allí le proclamaron emperador. Fué cobarde y medio demente. Dícese que Shakespeare se inspiró en él al escribir su *Hamlet*.

ñito solía usar en el campamento de su padre unas albarcas como las que llevaban los soldados. No siendo todavía más que un muchacho, fué Calígula nombrado emperador por respeto a la memoria de su padre.

Poco tiempo después cayó enfermo, y, curada su dolencia, quedó completamente loco, conservando, no obstante, su lucidez, de modo que no era fácil notar a primera vista su locura. En su demencia, pensaba ser un dios, experimentando al propio tiempo, entre otros muchos feroces caprichos, el espantoso deleite de matar gente, hasta el punto de llegar a decir en cierta ocasión que deseaba que todos los habitantes de Roma tuviesen un solo cuello, para poder cortar sus cabezas de un solo golpe. Así, en pocos meses, hizo derramar Calígula más sangre inocente que Tiberio en todo su largo reinado; por esta razón, algunos oficiales, temiendo por sus vidas, se pusieron de acuerdo para asesinarle.

Ante muerte tan imprevista nadie supo quien sería el futuro emperador, ni aun si se designaría otro, y durante algún tiempo la ley y el orden sufrieron gran quebranto. Los soldados de la guardia, deseosos de demostrar su poder, empezaron a saquear el palacio imperial.

EL TÍMIDO CLAUDIO, OCULTO DETRÁS DE UN TAPIZ EN EL PALACIO, ES PROCLAMADO EMPERADOR.

Durante el saqueo, uno de los soldados vió los pies de un hombre que se escondía detrás de un tapiz. Al descorrerlo, se vió era un tal Claudio, tío de Calígula, hombre débil y despreciable: mofándose de él, empezaron a gritar los soldados que él debía ser el nuevo emperador, y así le llevaron al campamento, en donde, puesto que nadie era capaz de imponerse a la guardia imperial, Claudio fué proclamado emperador.

No era Claudio sanguinario como Calígula, sino amante de los libros y de la erudición, cosas que desprecian a veces los hombres dedicados a la política activa; no obstante, Roma fué gobernada por sus domésticos y su perversa esposa Mesalina. Era ésta tan malvada, que, cuando Claudio se dió cuenta de ello, la hizo matar. Casóse más tarde con Agripina, hermana de Calígula, la que fué no menos perversa, y gobernó en lugar de Mesalina. Durante todo su reinado, Claudio, sin intención de hacer mal, se dejó persuadir por malos consejeros y vertió tanta sangre inocente,

LA ESPOSA DE NERÓN. EL CRUEL EMPERADOR NERÓN. LA MADRE DE NERÓN.

Nerón sucedió a Claudio, de quien era hijastro. Claudio fué envenenado por su esposa, que quería elevar a Nerón al trono, y éste, a su vez, asesinó a su propia madre. Aquí reproducimos dos bustos de Nerón: uno al lado del de su madre y otro al de su esposa. Asesinó a ambas. Se hizo construir una casa de oro, y se le acusa de haber incendiado a Roma y de que, contemplando el incendio, pulsaba la lira. Huyó de Roma lleno de terror, y por fin se suicidó.

como sus predecesores. Por esta época, los romanos conquistaron la isla de Bretaña, agregándola al Imperio romano. Más tarde, Agripina envenenó a su esposo, para que subiese al trono Nerón, hijo de ella, pues antes de ser mujer de Claudio había estado ya casada.

No había nadie a quien las tropas deseasen hacer emperador, sino a Nerón, y así éste sucedió a Claudio. Durante su menor edad, Nerón autorizó a su tutor, el sabio Séneca, y al capitán de la guardia, el grave Burro, para que gobernasen, cosa que hicieron bastante bien, mientras él dedicaba el tiempo al estudio del arte y de la música, ansioso de llegar a ser—como en efecto creía haberlo conseguido—un gran artista y consumado músico. No contento con esto, mostróse el más cruel y sanguinario de todos los emperadores, hasta tal extremo que su nombre es hoy sinónimo de cruel.

Vespasiano se proclamó emperador y gobernó felizmente durante diez años, después de tres cortos reinados que sucedieron a la muerte de Nerón. Fué un consumado militar.

Hizo asesinar a su propia madre, crimen que le fué perdonado tomando en cuenta la maldad de aquella mujer. Hubo un gran incendio que abrasó media Roma, y la gente acusó a Nerón de haberlo ordenado y de que mientras las llamas devoraban la ciudad, cantaba él al son de su lira la canción del incendio de Troya. Temeroso de las iras del pueblo, culpó de ello a los cristianos, y muchos de éstos fueron perseguidos y quemados vivos o arrojados a los leones en el gran anfiteatro, para diversión del populacho. Sin embargo, repugnaban menos al pueblo los crímenes de Nerón, que el vergonzoso hecho de que todo un emperador romano se presentase en el teatro como histrión.

Tantas y tales maldades perpetró, tantos hombres y mujeres nobles fueron sus víctimas, que no pueden contarse. Un día llegaron noticias de que un general llamado Galba se había rebelado en España, y cuando la multitud supo que alguien osaba levantarse contra el emperador, no hubo uno solo que se determinase a sufrir por más tiempo tan cruel tiranía, y todos, hasta su propia guardia, le abandonaron. Acosado por el terror, huyó, y encontrando un paraje en que ocultarse, prefirió darse muerte con su propia mano, antes que recibirla de las de sus enemigos, puesto que de nadie era compadecido. Su último pensamiento y sus postreras palabras fueron que el mundo perdía un artista admirable.

En rápida sucesión, tres hombres se disputaron el Imperio. Fué el primero, el viejo soldado Galba, con sus legiones venidas de España; después, el joven Otón, escogido por la guardia de Roma, el cual venció a Galba, y el último, el glotón Vitelio, elegido por los ejércitos de Germania, y cuyas tropas vencieron a Otón. Pero llegó después, uno mucho más fuerte, el hábil general Vespasiano, jefe de las legiones romanas de Occidente; al extremo que habían llegado las cosas, era evidente que nadie, sino un conquistador, podría empuñar el cetro imperial.

Vespasiano, y los dos hijos que le sucedieron, son llamados Flavianos, por ser Flavio el apellido de familia. No era Vespasiano de elevada estirpe, pero dió a Roma lo que más necesitaba en aquellos tiempos: un jefe que restaurase el orden y buen gobierno, que no

Tito sucedió a Vespasiano, de quien era hijo. Destruyó a Jerusalén, y fué emperador bondadoso y magnánimo. Cuando pasaba un día sin haber hecho una buena obra, exclamaba: «¡Amigos míos, he perdido un día!».

tuviese sed de sangre, ni se cuidase de derrochar, en ostentación y lujo, el dinero necesario para cosas más útiles. Así, en cuanto hubo dominado la resistencia que al verle elevado al trono le opusieron sus adversarios, su enérgico régimen acabó con la violencia y el derramamiento de sangre. Los soldados se sentían ufanos de tener por jefe a un verdadero militar, y aun cuando el pueblo se reía de sus modales llanos y vulgares, y aludía burlonamente a su avidez por ganar dinero, Vespasiano parecía no inquietarse por lo uno, ni por lo otro. El dinero era necesario; y si lo adquiría por medios menos elevados, salía al encuentro de los reproches que se le dirigían diciendo: «Con todo, el dinero huele bien»; y sabía invertirlo útilmente. Fueron, pues, los diez años de su reinado provechosos para Roma.

Reinó después su hijo Tito, por breve tiempo. Había ganado fama de buen soldado durante el reinado de su padre, en el gran sitio de Jerusalén, ciudad que se había rebelado y a la que, después de conquistada, trató sin piedad, convirtiéndola en ruinas y llevándose a Roma los tesoros del Templo. Mas, al llegar a emperador, decidió adquirir fama de bondadoso y magnánimo, y cuando pasaba un día en que no hubiese hecho justicia a alguien, o aliviado una desgracia, decía a los que le rodeaban: «Amigos míos, he perdido un día». Era esta conducta tan inesperada, que muchos opinaron que, de no haber muerto joven, habría terminado demostrando la crueldad de los primeros años.

Así obró su hermano Domiciano, que le sucedió en el trono. Habiendo empezado bien su reinado, no tardó en seguir los perversos ejemplos de Tiberio, persiguiendo a los cristianos, y cometiendo otros muchos crímenes; y si se exceptúa el acertado gobierno de su lugarteniente Agrícola, en la Gran Bretaña, nada bueno puede decirse de

Trajano, nacido en España, ensanchó de tal modo el imperio romano, que no pudo conservarlo en orden. Así, aunque ganó grandes victorias, las guerras que cerraron su reinado fueron desastrosas, y murió rodeado de enemigos.

Adriano sucedió a Trajano, y devolvió la paz que éste había perdido. Viajó por todo el imperio, observando cómo era éste gobernado, y dejando en casi todas las provincias recuerdos del interés con que miraba el bienestar material de sus súbditos.

su reinado; por eso nadie lloró su muerte, cuando a su vez fué asesinado.

En el espacio de más de cien años después de que Vespasiano se proclamó emperador, Domiciano fué el único indigno de figurar entre los buenos príncipes; los otros cinco que le sucedieron son frecuentemente llamados «los cinco emperadores buenos». Del primero, cuyo nombre fué Nerva, apenas se cuenta cosa digna de mención. Era ya un anciano cuando el Senado le ofreció el cetro: los soldados no hicieron oposición y su gobierno fué corto. Pero, así como Julio César adoptó a Octavio por hijo suyo, así también Nerva adoptó a un valiente soldado, nacido en España, cuyo nombre era Trajano; el ejército tenía en él gran confianza, por tanto era cosa segura que sería nombrado emperador después de la muerte de su padre adoptivo. Fué Trajano uno de los Césares más ilustres: procuró, ante todo, difundir la justicia entre sus súbditos; fué además, un gran guerrero, más en el campamento que en la corte, y sostuvo victoriosas batallas con las tribus bárbaras en Dacia, allende el Danubio: guerras que fueron conmemoradas con una gran columna, erigida en Roma y llamada Columna de Trajano.

TRAJANO EXTENDIÓ EL IMPERIO HASTA TAL PUNTO, QUE ROMA NO PODÍA YA GOBERNARLO

La única imprudencia que cometió Trajano fué su empeño en extender los límites del imperio romano y llevar su poderío a las lejanas comarcas del Asia, en las cuales había dominado Alejandro Magno. Cuando Trajano acometió tamaña empresa, ya el imperio era tan vasto, que resultaba bastante difícil sostener ejércitos en todas sus fronteras y mantener constantemente refrenadas las tribus bárbaras vecinas; por esto, aunque el gran emperador fué al Oriente y allí derrotó los ejércitos que le salieron al encuentro, las guerras con que terminó su reinado fueron un fracaso, y, cuando murió, peligrosos

Antonino Pío sucedió a Adriano, que le eligió para emperador. Fué buen gobernante.

enemigos se levantaron de todas partes contra el Imperio.

Con todo, había elegido para sucesor a un hábil general y estadista prudente: era éste Adriano, que entonces mandaba el ejército de Oriente y a cuya proclamación nadie se opuso. El nuevo emperador, que había visto ya la equivocación de Trajano en sus últimos días, se apresuró a hacer la paz con los pueblos limítrofes, fijando como verdaderos los antiguos límites del imperio, y procurando, no obstante, hacer ver al mundo entero que sus ejércitos serían tan fuertes como antes. Después se dirigió a Italia, consagrándose a restaurar el buen régimen que tan perfecto había hecho Trajano.

VIAJES DE ADRIANO POR TODO EL IMPERIO

La empresa más notable que llevó a cabo fué la de recorrer todo el imperio, y eso, en una época en que, sin gozar ni con mucho de las comodidades que tenemos nosotros, la persona que deseaba viajar debía ir de un lado a otro, bien a pie, bien a caballo, o quizá transportada en una litera. Adriano observó con sus propios ojos cómo era gobernada cada provincia, dejando en varias de ellas monumentos que atestiguan el cuidado con que miraba por la prosperidad del imperio. Lástima es que al fin de su vida sufriese de una dolencia que le hacía perder a menudo el dominio de sí mismo, obligándole a cometer acciones crueles. Creen muchos que no hubo emperador que hiciese tanto como él para solidificar la seguridad y fuerza del imperio y la justicia del régimen romano.

Hizo Adriano a sus sucesores más suave la tarea de gobernar, que nunca fué, sin embargo, la más ligera de todas; y a pesar de que dos de ellos fueron sabios y emprendedores, ambos hubiesen preferido la vida virtuosa y tranquila del ciudadano, al peso agobiador del mando. El primero de ellos, Tito Aurelio Antonino, llamado Pío por su virtud, fué elegido por el mismo Adriano. Este, a su vez, adoptó por hijo y nombró sucesor suyo al famoso Marco Aurelio.

MARCO AURELIO EMPERADOR, AUTOR DE UN LIBRO QUE PODEMOS ADQUIRIR EN NUESTROS DÍAS

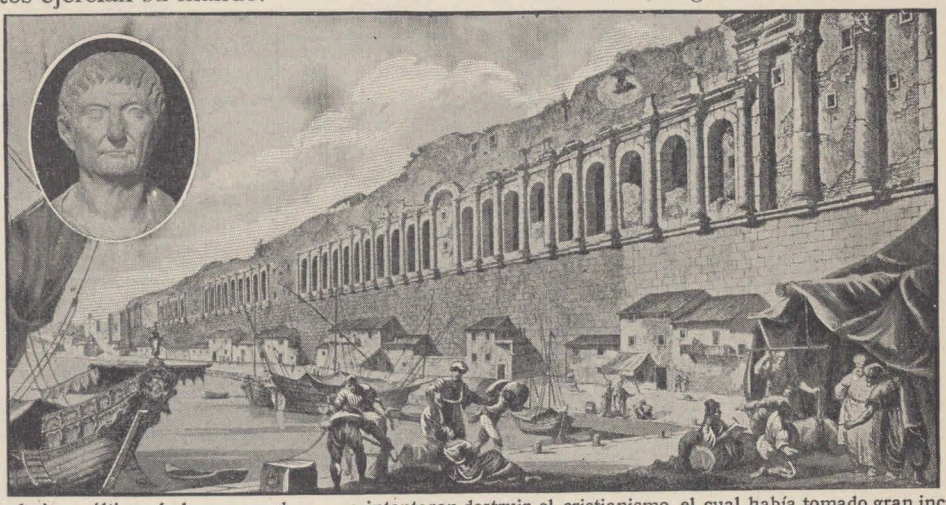
Marco Aurelio fué uno de los más sabios y amables emperadores de Roma. Es autor de un libro de sanos consejos, obra que podemos adquirir aún en nuestros días. Lo escribió en los campamentos, al frente de sus ejércitos, que luchaban contra los enemigos de Roma.

Estos dos grandes Antoninos son reputados en todo tiempo como modelo de nobles príncipes, ya que sus solicitudes y ciudados eran para sus súbditos y no para sí mismos. Y ello es cierto, a pesar de que Marco Aurelio trató duramente y persiguió a los cristianos, pues desconociendo la verdad de su doctrina, le parecía que enseñaban a los hombres a despreciar la ley y a ser impíos. Escribió un libro titulado «Meditaciones», libro que todavía hoy es tenido en gran aprecio, pues está sembrado de nobles pensamientos y sabios consejos.

Es digno de notar que la mayor parte fué escrita en el campamento a la cabeza de sus legiones, en comarcas salvajes y en lucha con bárbaras tribus vecinas que se levantaban de nuevo contra el poder del imperio romano; pues aun cuando Marco Aurelio amaba la paz, mostrábase valiente capitán en la guerra. Cuando murió todos le lloraron. Tuvo, sin embargo, una fatal equivocación nombrando para sucederle a su hijo Cómodo, que fué casi tan malo, como bueno fué su padre.

DIOCLECIANO, EL TIRANO, QUE INTENTO DESTRUIR EL CRISTIANISMO

Sucesivamente y durante los cien años posteriores, hubo muchos emperadores, algunos de los cuales reinaron no más que cortos meses, o aun semanas. Solamente dos o tres gobernaron durante diez años. Siempre que ocurría la muerte de un emperador (muchos fueron asesinados) acostumbraban ser nombrados para sucederle dos o tres generales proclamados por las tropas en las diversas partes del Imperio en que éstos ejercían su mando.



Diocleciano, último de los emperadores que intentaron destruir el cristianismo, el cual había tomado gran incremento. Abdicó la corona y mandó construir el mayor palacio del mundo, parte del cual se muestra en el grabado. Aun subsisten sus murallas, dentro de las cuales se encuentra la ciudad de Espalato, en la costa de Dalmacia. Es admirable recorrer las calles de esta antigua ciudad y pensar que 1500 años hace era la casa de un particular.

Al terminar el siglo, un soldado, llamado Diocles, nombre que él mismo cambió en Diocleciano, logró hacerse nombrar emperador, y desde entonces Roma fué como una república en que un solo hombre llegó a desempeñar a la vez varios importantes cargos; pero bien puede decirse que la voluntad del emperador era ley. Diocleciano es famoso por haber sido el último de los emperadores que intentaron acabar con el cristianismo, que entonces había llegado a ser bastante grande y poderoso para enseñorearse del espíritu de las gentes. La persecución ordenada por Diocleciano fué la más cruel que sufrió la cristiandad.

Cuando Diocleciano juzgó que su misión en Roma estaba cumplida, abdicó; mas falló el plan que había trazado para proveer a la elección del nuevo emperador, y así hubo nueva contienda entre los jefes de las diferentes partes del imperio, temiendo cada uno perder su mando si no llegaba a ser emperador. Fué vencedor Constantino el Grande. La batalla en que derrotó a su rival más poderoso es llamada batalla del puente Milvio, y esta victoria fué también la victoria del cristianismo. Constantino había ya demostrado buena voluntad para con los cristianos, y, antes de la batalla, según él mismo refiere, vió en los aires la figura de la Cruz y sobre ella las palabras: « Con esta señal vencerás ». Desde aquel día adoptó la cruz por estandarte, y una vez emperador, hizo honor a la fe de Cristo declarando al cristianismo religión oficial del imperio romano y haciendo cesar la hostilidad del Estado a la Iglesia cristiana.

Algo más hizo Constantino: constituyó la ciudad de Bizancio en capital del Imperio, en lugar de Roma, y le dió por nombre Constantinopla. Desde este momento, el imperio bizantino gobernó lo que llamamos el mundo romano, hasta que el Occidente se separó del Oriente; en lo sucesivo, el poder de Roma no fué poder del Estado, sino poder de la Iglesia.